

Madrid, 6 de abril de 2022

ACTO DE ENTREGA DEL PREMIO “VICTORIANO REINOSO” DE AEGAMA A MIGUEL CARRERO.

Discurso de Julio Ancochea, presidente de Asomega.

Queridos amigos:

Hoy estamos aquí para rendir homenaje a Miguel Carrero, que recibe de forma más que merecida el Premio Victoriano Reinoso de Aegama, un galardón destinado a destacar a profesionales que han desarrollado una importante labor en ámbitos de especial relevancia.

Y no cabe duda de que Miguel cumple ambas condiciones: una trayectoria profesional larga, continuada en responsabilidades y éxitos, y además desarrollada en ámbitos de tanta relevancia como el de la salud y el financiero, un binomio irremediablemente condenado a entenderse.

Se premia al empresario, al emprendedor esforzado que a sus escasos ochenta sigue dando lecciones de empuje, de mano firme y de una capacidad ejecutiva que sin duda se sale de la norma.

Pero me van a permitir, y mi querido Julio Lage sabía que corría este riesgo al pedirme que pronunciara estas palabras, que me centre más en esta faceta que él y yo compartimos: su condición de médico. Una dimensión que para él sigue siendo la principal, por mucho que su día a día esté lleno de balances, reuniones de dirección, estrategias de gestión, presupuestos...

Su vocación por la Medicina viene de familia. Su abuelo paterno fue el doctor Narciso Carrero Goyanes. Cuatro de cuyos hijos se hicieron médicos: Narciso, Antonio, Luis y José Carrero Nine, padre de Miguel Carrero López, que nació el 18 de abril de 1941 y pronto dejó claro que la tercera generación consecutiva de Carreros médicos estaba asegurada.

Estudió en la Universidad de Santiago, donde tuvo la oportunidad de formarse con algunos de los más directos herederos de la escuela de Medicina compostelana conocida como "A fonte limpa".

Así se nombró a un grupo de insignes que concibieron su oficio como una disciplina esencialmente volcada en la persona, un principio humanista e integral de la salud que definió su forma de relacionarse con el paciente, transformó la percepción que del médico tenía el ciudadano y puso en primer término no al enfermo *per se*, sino a la persona que padece enfermedad.

Terminó la carrera en 1965 y se especializó en Cirugía y Traumatología. Tras varias estancias en Inglaterra, se integró en la Clínica Carrero, como ayudante de Traumatología, trabajo que compatibilizaba con el ejercicio de médico agregado de los Servicios Quirúrgicos del Hospital Provincial.

En 1973 asumió la jefatura de Sección de Traumatología del Hospital Universitario de La Coruña, donde creó y dirigió la Unidad de Cirugía Vertebral. Hoy aún mantiene ejercicio profesional en su clínica privada, que comparte con su hijo José Carlos.

Una mención obligada a su familia: conoció a su esposa Elisa Sánchez, hija de un farmacéutico de Rivadavia, en 1969 y se casaron en 1971. Su primer hijo, Miguel, nació al año siguiente y es hoy economista. En 1974 llegó el ya mencionado José Carlos, y muy poco después Iria, que es farmacéutica.

Todos ellos residen en La Coruña con sus nietos, que son su mayor alegría y con los que -dicho por quienes trabajan muy cerca de él y lo conocen bien- ejerce de abuelo con una entrega sorprendente para una persona tan intensamente volcada en su trabajo.

Como él mismo decía en una ocasión, "¿qué sería de mí sin Mateo, Hugo, Carlitos, Pablo, Camino y Miguel?".

Y aunque prometí centrarme en la faceta puramente de médico de Miguel, no haría un buen resumen sin, al menos, mencionar otros hitos clave de su trayectoria porque hablan de su vocación y capacidad como gestor: el

primero, la presidencia del Colegio de Médicos de La Coruña, que ocupó durante 22 años. Y, por supuesto, la presidencia de Previsión Sanitaria Nacional, que detenta desde 1998.

Pero volvamos a la Medicina, y volvamos a “A fonte limpa”, esa escuela en total conexión con el espíritu y la cultura milenarios del Camino de Santiago. La filosofía médica de Miguel es el humanismo, el involucrarse con los enfermos, conocer su problemática, recibir sus confidencias y ayudarles de forma integral. En ASOMEGA, la Asociación de Médicos Gallegos que tengo el honor de presidir y a la que pertenece Miguel, conocemos de primerísima mano su hondo interés por estos asuntos.

Hace dos años en nuestro primer Encontro Mundial de Médicos Galegos -y aprovecho la oportunidad para invitaros al segundo, que organizaremos el 5, 6 y 7 de mayo en Santiago-, Miguel protagonizó una ponencia clave cuyo título no deja lugar a dudas: “El acto médico, un acto de sublime humanidad”.

En aquella charla dijo, entre otras cosas:

“La experiencia del sufrimiento tiende a ser incommunicable y muy difícil de compartir. Necesita de empatía, esa maravillosa palabra que es el vínculo, esencia y fortaleza de cualquier relación humana. El médico debe ser capaz de dar una atención personalizada, individualizada, íntima, informada y completa al que sufre. Y lograr con una comunicación directa que el paciente sea único, importante. En definitiva, persona.

El paciente sigue siendo un ser con temores, angustias y dolor al que estamos obligados a ayudar. Acude al médico porque ve su existencia amenazada. Usuario es el que usa, pero el enfermo no usa el servicio de salud, acude en busca de protección y ayuda”.

Pues este, señoras y señores, es Miguel Carrero, un empresario con méritos que le llevan a recibir reconocimientos como este, pero que, en esencia, mantiene presente lo que aprendió de sus maestros y lo pone en práctica.

Enhorabuena por el premio, doctor Carrero y, sobre todo, gracias por recordarnos a los médicos a través de tu propio ejemplo que vocación, empatía, humanidad... son conceptos inexorablemente ligados al acto médico.

Julio Ancochea
Presidente de Aomega